

## UNA LUZ EN LA NOCHE

En una oscura noche, en Noruega cuatro hombres buenos huían para salvar sus vidas. Detrás de ellos venían los soldados enemigos con perros. Más y más rápidamente corrían los hombres sobre la nieve. Podían oír a la distancia el ladrido de los perros. Más y más se acercaban los furiosos animales.

De repente, los hombres llegaron a la orilla de un gran lago cubierto de hielo. Parte del hielo se había derretido. Había agua encima y en algunos lugares el hielo se había hundido. Era peligroso seguir adelante, porque no podían ver dónde estaban las rajaduras.

“¿Qué haremos? —Preguntó uno de los hombres—. Los soldados y los perros nos hallarán muy pronto si nos quedamos aquí”.

“Es peligroso cruzar el lago en la oscuridad”, dijeron dos de ellos.

Entonces se dirigieron al cuarto hombre para preguntarle lo que pensaba. Era muy joven; tenía sólo 16 años. El muchacho dijo: “Voy a orar a Dios y preguntarle qué debemos hacer”.

Recordaba que su madre le había enseñado a orar. Se arrodilló sobre la nieve y pidió a su Padre celestial que les mostrara el camino por donde debían ir. Entonces el jovencito se levantó. “¿Ven ustedes una luz en la orilla del agua?” murmuró. Los otros miraron en esa dirección. ¡Sí, ellos veían una luz!

“¿Ven ustedes que la luz se mueve sobre el hielo?” volvió a murmurar. Sí, ellos veían que se movía.

“Jesús ha enviado esa luz para guiarnos a través del hielo. Sigámosla”, dijo el muchacho.

En seguida empezó a caminar y los otros hombres lo siguieron. La luz les mostraba cada paso que debían dar. Así cruzaron con seguridad al otro lado.

Rápidamente entraron en el bosque, pero ése también era un lugar peligroso. Aun ahí, el enemigo podía encontrarlos en cualquier momento.

Pero directamente delante de ellos se extendía la maravillosa senda de luz. Preguntándose adónde los conduciría, los cuatro hombres la siguieron caminando entre los árboles.

Atrás, en medio de la oscuridad, los perros del enemigo llegaron a la orilla de las aguas heladas del lago. Ahí se detuvieron. No podían sentir el olor de los hombres; el agua había cubierto sus huellas. Allí terminó la persecución de los perros.

Sin embargo, los soldados no se dieron por vencidos. ¡Tenían que encontrar a los cuatro hombres!

Siguieron buscándolos. Pero de algún modo parecía que los hombres habían desaparecido en la oscuridad de la noche. Por fin los soldados dejaron de buscar.

La senda de luz guió a los cuatro valientes fuera del oscuro bosque. Era tarde y estaban cansados y con hambre.

“¡Miren! ¡Allá hay una granja!”, gritó el muchacho. La luz alumbró por un momento algunos edificios, y luego desapareció y no la volvieron a ver.

En la granja, los cuatro hombres hallaron refugio esa noche. Dios los había salvado de los soldados enemigos y de los perros. Él había guiado cada uno de sus pasos por medio de ese sendero de luz.